

EUGENIO ESPEJO

Por Plutarco Naranjo

Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo nace en Quito en 1747. Es hijo de Luis Chusig y Catalina Aldaz.

Luis Chusig vino en calidad de paje de Fray José del Rosario, Fraile Betlemita quien llegó a Quito a prestar sus servicios en el Hospital de la Misericordia, más tarde llamado Hospital San Juan de Dios. Chusig, indio cajamarqueño, inteligente y hábil, a más de sus obligaciones como paje ejercía también como barbero y sangrador. No se conoce cómo se produjo el cambio de apellido de Chusig a Santa Cruz y luego a Espejo; pero es de suponerse que se consideró conveniente el cambio para elevarle de nivel social, pues gracias a su capacidad y habilidades se le había encargado las funciones de cirujano del hospital, que las cumplía a satisfacción.

Eugenio Espejo recibió la educación de los primeros años de su propio padre y de los frailes betlemitas. Más tarde ingresó al Colegio de San Fernando, regentado por los dominicanos. En aquella época y, en especial, en el colegio de los jesuitas, la admisión estaba estrictamente restringida para estudiantes que sean hijos legítimos de españoles, de sangre pura, sin mezcla de sangre india, judía o de conversos. Es de recordar que la partida de nacimiento de Eugenio Espejo se inscribió en el libro de los blancos, y con los nombres y apellidos que ostentaba no tuvo dificultad en acceder al mencionado colegio.

Los dominicanos tenían Facultad de Medicina y a ella ingresó Espejo graduándose en 176⁰, a los 20 años de edad.

Hay que mencionar, que desde sus 12 años, comenzó a practicar y ayudar a su padre, Luis Espejo, en el hospital San Juan de Dios,

de modo que, 8 años más tarde, cuando se graduó de médico, tenía amplia experiencia sobre el manejo de los pacientes, el diagnóstico y los tratamientos, como pocos médicos en la ciudad.

Dada su inteligencia e inquietudes intelectuales, desde los 15 años comenzó a participar en diversos certámenes y otras actividades, incluso docentes.

Inclinado a la lectura, a los 16 años de edad leyó, en latín, a Cicerón, Virgilio, Horacio y otros clásicos. La lectura la realizaba en horas del día y a la noche hacia los resúmenes de cuanto había podido leer o estudiar.

Pero su capacidad y ansias de saber no se satisficieron con solo los estudios médicos. Siguió también los de Filosofía y Derecho (tanto derecho civil como derecho canónico), disciplinas en las cuales se graduó y podía ejercer como abogado y como teólogo. A más de dominar el latín, también estudió griego y pudo leer en su propia lengua a Sócrates, Platón, Hipócrates y otros autores y sobre todo dominó el francés y pudo leer a numerosos autores en aquella lengua que predominaba en los círculos culturales de Europa.

Se reveló pues, como un joven excepcional, estudioso, de gran capacidad e ingenio que comenzó a despertar envidias y egoismos. Una de estas manifestaciones constituyó el rechazo en su primer intento de graduación de médico. Los miembros del tribunal ya recelaban del talento y conocimientos del joven estudioso que comenzaba a superarlos en cultura y competencia por lo que decidieron formularle una pregunta "capciosa", de si el hombre puede vivir sin respirar aire. Espejo, sin titubear, respondió que no, pero el tribunal sostuvo que sí y como pruebas adujo el caso del feto y de los buzos. Espejo refutó en el sentido de que deben existir mecanismos que les permita a los buzos llevar en

sus pulmones una reserva de aire, mientras se sumergen y algo semejante en el caso de la madre y el feto. Pero no hubo manera de que el tribunal acepte sus explicaciones y fue rechazado. *Se le exigió como requisito para una nueva prueba que braga un año de práctica hospitalaria.*
Algo insuficiente para quien lleva todo un año en la práctica hospitalaria que el Tribunal decretó lo mismo.
En el convento de los dominicos tenía a su alcance una excelente biblioteca en donde pasaba muchas horas al día. Pero, a medida de sus escasos recursos, Espejo comenzó a adquirir publicaciones que le permitieron formar su propia y extraordinaria biblioteca particular. Al morir, quedó en poder de su hermana su acervo bibliográfico. Sus adversarios y autoridades demandaron a su hermana Manuela la entrega de la biblioteca de Espejo, aduciendo que se había robado libros de la Biblioteca Nacional. El inventario demostró que la biblioteca tenía al rededor de 4000 publicaciones. Su cuñado José Mejía Lequerica trató de llevar a Europa, para salvar esta valiosa colección, pero fue confiscada en la aduana de Guayaquil. Espejo fue pues el bibliotecario de su propia biblioteca.

En 1767, el rey de España, Carlos II, por varias razones, ordenó la expulsión de los jesuitas de las diferentes colonias españolas en América. Los jesuitas regentaban la universidad de San Gregorio Magno, la cual entró en crisis, ante la salida de los profesores jesuitas y pocos años más tarde tuvo que cerrarse definitivamente. Los dominicanos se hicieron cargo de todas la pertenencias de los jesuitas, entre ellas de la famosa biblioteca, la cual desde entonces, estuvo también al alcance de Espejo.

En 1791 se fundó la Biblioteca Nacional, con las colecciones bibliográficas de los jesuitas. Espejo era el hombre idóneo y fue nombrado bibliotecario.

Espejo, asumiendo ya las funciones de bibliotecario hace, en primer lugar el inventario de la biblioteca y descubre que

faltaban algunos libros importantes. Quizá por eso se lo acusó de haberse robado libros de la Biblioteca Nacional. Años más tarde se descubrió que los jesuitas dejaron escondidos tales libros en Cotocollao.

Bibliófilo consumado, Espejo, pasó a vivir en un cuarto adjunto a la biblioteca, así no perdía tiempo en sus incansables lecturas. El médico y bibliotecario, se vuelve un erudito,

*La cifra parece un tanto exagerada, pero es la que trae la biografía de Espejo, del Dr. Enrique Garcés.

probablemente el de más alto valor en todas las colonias americanas, pues nadie como él, en esa época, dominó tantos campos desde el filosófico, el teológico, el de la jurisprudencia y, naturalmente, el de las ciencias médicas.

Espejo, médico

Muy pronto después de graduado, Espejo gana prestigio como médico capaz, acertado en sus diagnósticos y certero en los tratamientos. Seguramente en poco tiempo se convierte no solo en el mejor médico de la ciudad sino en un médico sabio. Ninguno como él ha tenido la oportunidad de haber estudiado en tantos textos, a los más famosos autores europeos y árabes. Los ha estudiado en latín, en francés y a veces también en griego; la gran experiencia práctica que adquirió en el hospital San Juan de Dios, comenzando desde los 12 años de edad, hospital en el que continúa practicando y ofreciendo sus servicios a los pobres y menesterosos, le permiten gozar de amplios conocimientos teóricos y prácticos.

Gracias a su fama es llamado a atender a los pacientes de más alto coturno de la sociedad quiteña, lo que le permite iniciar

buenas relación y amistad con varios de ellos, entre los cuales se cuentan marqueses, condes, altos funcionarios y otras personalidades. Uno de sus futuros amigos y admiradores, que en momento necesario, le prestará colaboración y ayuda, es Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre.

Su ejercicio médico le da la oportunidad de conocer la opulencia en que viven algunos españoles, mientras que desde su infancia ha conocido la miseria del pueblo.

Su formación humanística le permite leer no solo los textos de medicina y de ciencias naturales sino también de filosofía, de política y de otras disciplinas. Lee, en su propia lengua, a los autores franceses que promovieron lo que más tarde se conocería como la "Revolución Francesa"; se identifica con las ideas de ellos y además justifica la ejecución de los soberanos franceses. Está, de acuerdo con lo que se llamaría el derecho a la rebelión contra los gobiernos, cuando éstos no atienden las necesidades del pueblo.

Se identifica, así mismo con los propósitos del fallido movimiento independentista de Tupac Amaru.

Está ampliamente informado acerca de la guerra de emancipación, de las colonias norteamericanas, de los principios democráticos proclamados por Washington y los patriotas de ese país.

Todo esto lleva a que en su mente comiencen a germinar las ideas revolucionarias y de independencia de las colonias iberoamericanas.

Aspecto importante de su personalidad es su espíritu de observación por una parte y de crítica, a veces muy dura, por otra. Es mordaz y satírico. No puede soportar en silencio, las injusticias del despótico gobierno colonial, de la ostentosa vida

de los ricos españoles y de su ignorancia. Le molesta terriblemente la torpeza de sus colegas médicos, al tiempo de que gozan de prevendas y honores oficiales. Si graduados en las universidades quiteñas apenas tuvieron uno o dos profesores y el texto oficial para su estudio fue un pequeño volumen titulado "Florilegio Medicinal". Después de su graduación no han leído ningún otro libro, mientras la medicina en Europa, ha progresado a grandes pasos. ¿Cómo podía entenderse con colegas que eran pocos / menos qué simples curanderos empíricos? La crítica a ellos le conquistarán enemigos.

Se revela, contra los privilegios de los españoles que acceden a cuantos cargo público y de importancia existente en la Real Audiencia, pese a sus deficiencias o ignorancia, mientras ellos, los nativos, no tienen derecho a desempeñar tales funciones aunque tengan mayores capacidades que los chapetones.

Todas éstas y otras circunstancias avivan su rebeldía, su desprecio al régimen colonial. Inicia su soterrada campaña contra las autoridades de la Real Audiencia y el mal gobierno. En horas de la noche se dedica a pegar en las paredes hojas con proclamas revolucionarias que son calificadas de pasquines.

En 1797 es apresado y enviado a Bogotá para ser juzgado por el Virrey con sede en esa ciudad. Se le acusa de ser autor o por lo menos haber colaborado en la distribución de un papel titulado "Retrato de Golilla" contenido una sangrienta sátira contra el rey de España y su ministro de Indias. El presidente de la Real Audiencia en su carta al Virrey le indica que le envia a Espejo que es "Reo de estado, libelista famoso y perturbador de la paz pública". Le informa también que en Quito "Hierven los ideales liberales, no solo en la cabeza de Espejo sino en la de muchos literatos y de personas de gran influencia; por lo que le remito sin formarle causa alguna, pues temo que resulten complicados los sujetos más principales y más distinguidos". En

efecto, habrían resultado comprometidos no solo el marqués de Selva Alegre sino otras altas personalidades que ya comulgaban con algunas de las ideas de este luchador infatigable por la libertad y la emancipación. Juan Pío Montúfar acompaña a Espejo a Bogotá, ahí tienen la oportunidad de entrar en contacto con Nariño y otros revolucionarios, que, entre otras actividades, están traduciendo la obra de los derechos humanos de Juan Jacobo Rousseau. Despues de largo proceso, el Virrey de Nueva Granada otorga la libertad a Espejo. Un autor dice que "fue como panfletista y volvió como revolucionario".

Antes de regresar a Quito escribió una carta al presidente de la Real Audiencia en la que le pide organizar una "Sociedad de la Concordia", que se preocupe por el progreso de la jurisdicción y el bienestar de su población.

En la lista de los futuros miembros, elaborada por Espejo, seguramente con asesoría del Marqués de Selva Alegre, lista que se encontró, entre sus papeles, después de su muerte, se encuentran: siete marqueses y un crecido número de personalidades del mundo social, cultural y religioso. No se sabe de esa larga lista quienes aceptaron pertenecer a la tal "Sociedad de la Concordia" que aunque en apariencia iba a dedicarse a labores culturales y otras con miras al progreso de la Real Audiencia, en el oculto pensamiento de Espejo, la Sociedad le iba a permitir continuar con su labor sediciosa.

Aunque Espejo y el marqués de Selva Alegre coinciden en la necesidad de la emancipación no solo de la Real Audiencia de Quito, sino de las diferentes colonias americanas, dependientes de España, hay diferencia de criterios en cuanto al futuro. El marqués de Selva Alegre aboga porque se conviertan en monarquías constitucionales, cada uno de los países americanos, mientras Espejo propugna la formación de repúblicas democráticas, en manos

de criollos y nativos, con exclusión, en las funciones públicas, de los españoles.

De regreso a Bogotá no encuentra la autorización necesaria para constituir la "Sociedad de la Concordia" y organiza la "Sociedad de amigos del país", cuyos objetivos eran semejantes a los que iban a sustentar a la Sociedad de la Concordia.

Comienza a escribir libros de crítica y mordazasátira. En 1779 hace circular el "Nuevo Luciano", luego el titulado "Mario Porcio Catón" y después "La Ciencia Blancardina". Desde luego no firma con su nombre sino con seudónimos, pero no fue difícil, en un medio en el que casi nadie escribía y publicaba, en forma de manuscritos, adivinar quién podía ser el verdadero autor de tales libelos, que ponen en alerta a las autoridades coloniales las que inician una disfrazada persecución contra el autor, que más tarde sufrirá nuevos encarcelamientos.

La epidemia de viruelas

En 1785, se desencadenó, en Quito, primero una epidemia de sarampión y luego de viruela que ocasionó la muerte de 3000 personas de las 20.000 que, aproximadamente, constituía la población de Quito. Ante la gravedad de la epidemia, el Cabildo, reunido a los médicos para que discurrieran sobre las medidas apropiadas para tratar de detener la peste. Luego las autoridades pidieron que se escribiera un manual de instrucciones para prevenir y curar las viruelas. Ninguno más idóneo que Espejo, para cumplir con esta misión.

En menos de un mes Espejo terminó un volumen que, en título abreviado se lo conoce como "REFLEXIONES SOBRE LAS VIRUELAS" que presentó a conocimiento del Cabildo. Este lo rechazó por contener insultos, frase demigrantes y críticas injustas contra importantes personas e instituciones. El Cabildo resolvió

devolver el texto a su autor para que rectificara todo cuanto hallaron inapropiado. Espejo, a su vez, rechazó las observaciones del Cabildo y más bien, por intermedio de su amigo el marqués de Selva Alegre, mandó un ejemplar al doctor Francisco Gil, prominente médico y académico de Madrid quien encontró que el volumen era de tan alto valor, ~~a tal punto~~ que decidió incorporarle como un capítulo de su propio libro que servía de texto a los estudiantes de medicina.

Solo un médico sabio, un médico que estuviese al día en los progresos de la medicina podía escribir una obra de esta embergadura en tan corto tiempo. Se trata de una obra tan trascendental, cuya sustancia, cuya doctrina, sigue válida hasta nuestros días. Sería interesante si el libro de Espejo constituyera un texto obligado de lectura para los estudiantes de medicina.

La obra es de tanta ciencia y trascendencia no solo en el campo médico, sino en el social y en el campo biológico que es imposible resumirla en pocos renglones.

En primer lugar discierne, largamente, sobre la teoría del contagio de la viruela sostiene de que se trata de un fenómeno natural y que no es fruto del castigo divino por los pecados cometidos por la población, pues esa era la idea dominante de la época. Cada vez que aparecía una epidemia el Cabildo y la población organizaban procesiones y rogativas pidiendo a Dios aplacarse y perdonar a la gente.

Espejo insiste, reiteradamente en que la causa primaria de éstas y otras epidemias son ciertos corpúsculos vivientes o atomillos. Afirma que las epidemias más graves se producen por "torbellinos de átomos voraces". Solo le faltó acuñar la palabra microbios. Razona que con los progresos de las investigaciones mediante el

microscopio, inventado en Europa, se podrá llegar a conocer más precisamente a los agentes causales de las epidemias. Indica así mismo que, como hay una variedad de atomillos vivientes, cada uno es capaz de producir una epidemia diferente.

Sostiene que el contagio se produce a través del aire y del contacto físico entre enfermos y sanos y que donde no hay presencia de enfermos, no se produce el contagio. Cita el ejemplo de algunos monasterios de clausura, a donde no entra nadie y allí no se han producido casos de viruela, por más que el monasterio está en el corazón de la ciudad.

Para evitar la propagación de las epidemias, afirma que es indispensable el aislamiento de los pacientes y la creación de sanatorios a los que denomina "casas de salud".

Luego trata sobre factores condicionantes o agravantes. Se refiere al medio ambiente, a las pésimas condiciones sanitarias de la ciudad, a la falta de higiene y aún a factores climáticos. Afirma que ciertos monasterios son "seminarios de la inmundicia" por el desaseo que existe en ellos, lo cual despertará la ira de monjas, sacerdotes y muchos fieles.

Pide que se construya, en cada casa, un retrete; que se cierren las acequias que pasan por las calles y a donde la población arroja los excrementos y otras suciedades. Aboga por mejorar las condiciones sanitarias de toda la ciudad para evitar la repetición de las epidemias.

Luego discurre con mucha certeza acerca de la desnutrición que permite que las epidemias se vuelvan más agresivas y mortales. Analiza la pobrísima alimentación del pueblo, el alto costo de los alimentos, mientras los terratenientes y otras personas gozan de abundancia y de alimentación opípara. Critica a los terratenientes que suben los precios de los alimentos sin

consideración de los bajísimos sueldos de la población, en general, todo lo cual lleva a agravar la desnutrición.

A lo largo de la obra cita decenas de los más famosos médicos de Europa, se respalda en muchos de los conceptos de ellos y agrega sus propias concepciones acerca del contagio, las epidemias y más factores patogenéticos. Revela pues una amplísima cultura médica, lo que se manifiesta también al tratar, en forma casual, la epidemia de sífilis que se había convertido en el azote de Europa. Sale al paso de quienes han afirmado, sin base, que la sífilis es originaria de América. Espejo, haciendo un recorrido bibliográfico desde la biblia demuestra que la sífilis existió en Europa desde épocas inmemoriales y desde Europa se propagó a América, después de la conquista.

La obra de Espejo, mereció honores en Europa al punto que en la Real Audiencia de Quito conquistó mayor número de enemigos, entre los cuales se destaca su antiguo amigo y protector, Fray José del Rosario. También en esta obra, como en otras, hizo la defensa de los indios y justificó el retraso físico e intelectual de ellos, no por causas biológicas o de raza sino por la inhumana explotación, por el régimen monstruoso de trabajo que tenían en las mitas y encomiendas, mientras la alimentación que recibían era inferior a la que se daba a los perros de la hacienda.

Otro aspecto muy interesante de la obra "Reflexión sobre las viruelas", en su discurso acerca de lo que llama "El bien común". Argumenta con toda su convicción en el sentido de que el bien común debe predominar sobre el bien particular, es decir, que el interés colectivo debe estar antes que el interés particular. Se adelanta así a la concepción socialista de la Sociedad, la cual hace de su libro médico también un texto político revolucionario.

En otro capítulo comenta sobre las costumbres de ciertos

monasterios, en los que las monjas preparaban chicha de maíz agregada de plantas tóxicas, que producía una profunda embriaguez en los indios consumidores y, a la larga trastornos irreversibles. Así mismo exige la prohibición del entierro en las iglesias y conventos especialmente de quienes han muerto por viruelas u otras epidemias. Estas denuncias y críticas también desatan las iras de frailes y monjas.

Finalmente otra observación trascendental es que los pacientes que no murieron de viruelas, no son atacados de nuevo, cuando vuelve a aparecer la epidemia; es decir han quedado protegidos contra los atomillos vivientes. Concepto que será confirmado por las actuales investigaciones inmunológicas.

Espejo como salubrista, como epidemiólogo, como higienista todavía tiene mucho que hacer en este país, pues poco se ha avanzado en los dos siglos que han transcurrido de su época hasta nuestros días.